

レイダートーズ [RAIDER TŌZŌ]¹

Mike Wilson²

Antes de iluminar
Debemos anochecer
En el cielo envejecido
Podremos ver
—Atari Kudo

death /dēth/ v. the act of remembering the oblivion from whence we came.

嵐 [TORMENTA]

Cuando Tarō Gogatsu despierta, ya es media mañana, y a pesar de la hora, el sol se ausenta tras un cielo gris y lluvioso. Afuera, las lámparas de los callejones no se alumbran y las aceras se ven solemnes. Tarō se levanta, se sube los calzoncillos, se le caen, se los vuelve a subir y se aferra al elástico. Ha perdido mucho peso desde la llegada del otoño, no se lo explica. Antes era macizo, algunos dirían musculoso, ahora se mira en el reflejo de la ventana y se ve macilento, costillas visibles, pelvis marcada, ojos hundidos, oscuros. Últimamente se le cae el pelo a mechones, tiene la cabellera asimétrica, parches de cuero cabelludo se asoman como cráteres de una luna capilar. Se acerca al vidrio y mira la calle, marañas de cables negros cortan el aire. Hay un perro echado en la vereda, en frente se estaciona un carro *yatai* que vende fideos soba y sopas miso. El tendero levanta

¹ Fragmento de una novela inédita.

² Mike Wilson nació en St. Louis, Missouri en 1974. Su padre es estadounidense y su madre es argentina. Pasó su infancia en Chile, Texas y Paraguay, y su adolescencia en Buenos Aires, Argentina. Es doctor en Romance Studies de Cornell University. En la actualidad es profesor asociado en la Facultad de Letras UC. Ha publicado varias novelas incluyendo *Leñador* (2013), *Ciencias ocultas* (2019), *Némesis* (2020) y *Dios duerme en la piedra* (2023), entre otras. También publicó los libros *Ártico* (2017) y *Wittgenstein y el sentido tácito de las cosas* (2014). Vive en Santiago, Chile desde 2005. Ha recibido el Premio de la Crítica, el Premio del Consejo Nacional de la Cultura y Artes, y el Premio a la Creación Artística de la Universidad Católica.

el toldo para protegerse de la lluvia. Cuelga un farol bajo la lona, de la lámpara mana una luz cálida, anaranjada, fuera de lugar, es el único color en el paisaje gris y lluvioso.

Tarō vive en el segundo piso de un *doya*, sobre un salón de *pachinko*, en un pasaje pequeño en el centro del barrio de Kamagasaki. Las máquinas suenan toda la noche pero ya no las oye, a esta altura no es más que ruido blanco. Fuma el resto de un cigarrillo que abandonó la noche anterior. Sabe amargo. Hay olor a pescado frito, viene del pasillo, se filtra bajo la puerta, es la vecina, le gusta freír cosas. Sobre la mesa hay unas bolas de arroz añejas, ahuyenta las moscas con la palma y toma un *onigiri*, lo huele, arruga la nariz y se lo echa a la boca. Enciende la radio, un hombre habla del tifón, que va a durar varios días, interrumpe una mujer, su voz es joven, habla casi susurrando sobre la última vez que llegó el tifón, alude a lo ocurrido el año pasado sin decirlo, como si decirlo lo invocara, murmura algo sobre lo que salió del mar y los estragos que dejó en Tokio.

Tarō apaga la radio y se viste. El uniforme huele mal, de nuevo se le olvidó lavarlo, —*esta noche*— piensa. Deja su placa, garrote y revólver sobre el colchón y se calza. Se mira al espejo del baño, se ve derrotado, toma una petaca y se enjuaga la boca con un resto de whisky, se moja las manos y se peina la escasa cabellera con los dedos, se lleva otro mechón. Por un momento desconoce su reflejo, no se encuentra en el hombre que le vuelve la mirada, siente la miseria de su contraparte, pero no la vejez. Tiene solo 46 años, pero representa más, ve en él rasgos de su padre, un hombre violento cuya crianza lo convenció a nunca tener hijos. Se mira a los ojos, la mirada opaca de un hombre que sabe que hoy es ayer y es mañana y que eso no cambiará, el rumbo de su vida no varía, sin sobresaltos, sin placer, sin desolación, solo una leve pena adormecida y constante. Hay una pequeña victoria en saber eso. Se pone la gorra con visera, toma la placa, enfunda el garrote y el Nambu. Toma el paraguas y sale a la tormenta.

A los pocos pasos llega el viento, ráfagas fuertes del tifón, la lluvia cae torcida y punza, el paraguas es inservible. Corre a refugiarse bajo el toldo del *yatai*, este apenas aguantando la corriente. El tendero, un anciano con una vincha *hachimaki* y nueve dedos, lo mira con cara de —*si vas a refugiarte aquí, consume algo*. Le pide lo más barato que tiene, un pocillo de miso, y lo bebe de un sorbo. La radio suena, jazz disonante, una voz andrógina que da la hora, una actualización del tiempo, el avance de tifón, y señales de que algo agita las aguas de la Bahía de Tokio. Tarō espera que se calme el viento, le pide un cigarrillo al tendero, agradece, suelta una bocanada, abre el paraguas y parte caminando al box policial en donde trabaja. La lluvia no cede.

El *kōban* es pequeño, de unos dos metros cuadrados, tiene una ventana grande, una puerta corredora, adentro cuelga una ampolleta solitaria. El box cuenta con un escritorio pequeño, apenas un pupitre, y un taburete de madera pintado con laca negra. Sobre el escritorio hay un lapicero, unos post-its, una cafetera drip, una taza con el escudo de la Policía Prefectural de Osaka, y una vieja radio CB con micrófono de base modulada al Despacho Central. En una pared cuelgan mapas: uno muestra la prefectura en toda su extensión, otro detalla el 2° distrito y un tercero se centra en las calles de Kamagasaki; por

las próximas nueve horas cada cuadra del barrio quedará bajo su custodia. A un costado de los mapas hay un reloj de pared marca Citizen, redondo y grande, con borde de acero, dial blanco y un segundero negro que suena fuerte; *tac tac tac*. El viento vuelve a soplar y la lluvia cae más fuerte. Tarō se instala, el box huele a humedad, enciende la ampolleta, aún es temprano pero afuera la penumbra es densa. Se relaja, sabe que no suelen cometer crímenes ni desórdenes en plena tempestad. Es durante las horas inmediatamente posteriores al tifón que aparece uno que otro delincuente.

Saca una llave de su bolsillo y abre el cajón inferior del archivero. Extrae una petaca metálica de debajo de una resma de documentos, toma un sorbo de whisky, le quema la garganta, enrosca la tapita y la devuelve a su escondite. Del mismo cajón toma un cuaderno grueso de hojas cuadriculadas, encierra unas trescientas páginas, se nota que lleva años de uso, las orillas crispadas, sucias, y las tapas rayadas con grafitis hechos por Tarō en momentos de tedio. Las páginas están copadas de escritura a mano, ambas carillas de casi todas las hojas, algunas tachadas enteras, solo quedan unas treinta en blanco. Lleva años escribiendo la novela, todos los días sin falta, durante los momentos de calma en el *kōban*. Es el quinto y último cuaderno. Se quita el sombrero y lo deja sobre el escritorio, ve que en su interior hay otro montón de pelo, se toca la cabellera y siente el estrago. A veces se olvida de que le pasa algo, no sabe qué, quizá mejor así.

Saca un lápiz-pasta negro del mismo cajón, abre a la página en donde había quedado, interrumpido a media frase, y la retoma como si nada, como si el lapso de un día no existiera entre los trazos de tinta. Escribe absorto, encogido sobre el escritorio, sin pausa, sin alzar la mirada, enfrascado en el desenlace de la novela, el último trecho del manuscrito. Tarō se desentiende de su entorno, su cabina, su distrito, prefectura, todo deja de existir. Escribe sin saberlo, enajenado y ausente; se siente desplazado, sumiéndose en el territorio imaginado de un lugar lejano al que nunca ha ido. Regresa a las estepas patagónicas, a una cabaña remota, donde yace un hombre de edad avanzada, un escritor *gaijin*, tendido y moribundo en el umbral de la muerte, que en su lecho contempla su inclinación por la soledad. Se escucha el raspe veloz del lápiz sobre el papel.

外人 [GAIJIN]

A esta altura me cuesta interactuar con otros, el esfuerzo me frustra, busco la soledad, no por misantropía, no creo, más bien por una resignación que con el tiempo se volvió apatía, a lo largo de mi vida intenté conectar, hice lo posible por comunicar que me importaba, pero el esfuerzo mental y físico me dejaba disminuido, de verdad a veces me importa pero lo difícil no es eso, lo difícil es lograr manifestarlo de una manera que se entienda, nunca lo lograba, a veces, para compensar, me expresaba con un exceso de simpatía, me subordinaba, creo que los dejaba confundidos, o quizá no, pero en mi mente esa era la realidad y contribuía a mi deterioro, tuve que parar de intentar, alejarme para no herir a nadie, no es frialdad, es impotencia.

Hago el esfuerzo y me siento en la cama, contra el respaldo, tapado hasta el pecho con frazadas, la chimenea crepita, saltan chispas, el olor a pino quemado me revitaliza, miro por la ventana de la cabaña, es temprano aún, afuera nieva, el terreno blanco, bruma inunda el valle, el cerro difuminado, liebres patagónicas se aventuran al frío, escucho las voces bajas de los otros dos en el espacio contiguo, donde la cocina a leña, ella se ríe, él responde algo que no logro descifrar, escucho el sonido de una taza contra un platillo, los prefiero ahí, presentes pero ausentes, reducidos a ruidos sordos, apenas fuera de vista, ese es el estado de las cosas que más feliz me hace, tomo el cuaderno verde, es grueso, de hojas cuadriculadas, de unas trescientas páginas, lleva años de uso, las orillas crispadas, sucias, y las tapas rayadas con mis grafitis, hechos en momentos de tedio, las páginas están atiborradas con mi letra manuscrita, desordenada y apenas legible, copando ambas carillas de casi todas las hojas del cuaderno, algunas tachadas enteras, solo quedan unas treinta en blanco, llevo años escribiendo la novela, todos los días, sabiendo que moriré así, trazando tinta sobre la página, pienso en eso y me tranquiliza. El fuego suena, el *crak* de la leña, y sigo escribiendo la última parte, dice así.

Y en la penumbra del Establo Ryūjin, donde los *rikishi* se entregaban a sus sueños, la lluvia golpeaba las tejas con un rítmico tamborileo, en compás con los ronquidos de los colosos, aquellos dioses de carne que pisaban la tierra. Allí, en el sanctasanctórum de la lucha, se erguía el *dohyō*, un círculo de arcilla y arena, santuario de la lucha ceremonial. Una niebla tenue se cernía sobre su superficie, impregnada del aroma a salitre y sudor, mezclado con el eucalipto y el anís del *bintsuke*.

En la oscuridad, tendido en el centro de aquel cosmos circular, yacía el cuerpo inmenso de Raider Tōzō, el luchador de sumo más venerado del reducto de guerreros. Su figura, extendida en el *dohyō*, se confundía con la bruma, desnuda salvo por el *mawashi* ceremonial que ceñía su cintura. Su cabello, recogido en el tradicional rodete, se fundía con las sombras. En su mano izquierda, cerrada con una firmeza pétrea, ceñía un puñado de sal gruesa, aún sin arrojar, como si en su último gesto quisiera bendecir el suelo que tanto había honrado. Raider Tōzō estaba engalanado para luchar, pero su cuerpo yacía inerte, frío y azulado, como un guerrero caído en la calma desolada posterior a la tempestad del campo de batalla.

Una liebre se acerca al ventanal de la cabaña y me distrae de la escritura, me quedo mirando el animal y el animal me mira a mí, la bruma del valle se alza y se vuelve niebla, me quedo pasmado por el vapor blanco, la densidad del velo oculta el paisaje, la nieve cae más fuerte, en diagonal, el viento se hace escuchar, silbando entre los listones de la cabaña, me repongo y pienso en lo escrito, lo releo y no me siento conforme, me gusta la imagen del luchador muerto en el *dohyō* pero no me convence el estilo, tacho varias palabras que siento que están de más, me reimagino la escena, debo reescribirla, depurando el estilo, más austero, más directo, menos poesía mala, más narrativa, de

fondo siguen los sonidos de voces bajas y tazas contra platillos, siento el aroma de mate y pan tostado, me agrada, pero no me despierta el apetito, el mal que padezco hace que la comida sepa a cenizas, hace semanas que no siento hambre, cada día me obligo a comer lo mínimo para seguir, no me queda claro para qué seguir, no temo la muerte, o no tanto, pero hay algo de este lugar que me hace querer permanecer, un poco más de lo que se me ha presupuestado, y eso me...

洪 [DILUVIO]

La radio CB suena y Tarō suelta el lápiz, el ruido eléctrico lo arranca de la cabaña imaginada y lo destierra del brezal patagónico. La emisión no se escucha bien, la aguja del medidor de señal oscila de manera errática, hay sintonías que se cruzan, modula la radio y se aclara la voz. Viene del Despacho Central; una oficial joven advierte a todas las unidades de posibles inundaciones causadas por las lluvias del tifón y enumera las calles que podrían quedar anegadas en cada distrito afectado. Tarō se acerca el micrófono, presiona el botón PPH y solicita que la oficial repita la info para el distrito de Osaka. La oficial no responde, sospecha que es un mensaje pregrabado. Cierra la transmisión con noticias de la Bahía de Tokio, informa de barcos pescadores que fueron volcados, que algo inmenso partió las aguas, reporta que la prefectura sospecha que se repetirá lo del tifón pasado, que saldrá del océano y destruirá la ciudad, han dado el aviso de evacuación del distrito que circunscribe la bahía y el puerto. Se escucha una sirena a través de la radio.

Tarō se pasa la mano por el cabello, hebras cuelgan sueltas entre sus dedos, se acuerda de los cables negros que penden laxos fuera de su departamento. Extrae un pequeño espejo del primer cajón, le pertenece a la oficial que cubre el turno de noche, Aoi Mikan. Tarō se queda pensando en ella, en lo bella que es, en lo bien que huele, no sabe cómo definirlo, no es un perfume, sospecha que es su piel, que es el olor de su cuerpo. Solo la ve brevemente por las noches durante el cambio de turno. Al llegar al *kōban*, la saluda torpemente con una reverencia, murmurando un saludo que invariablemente resulta incomprendible. Solo le pasa con ella, suele ser más resuelto, parco, determinado, pero ella lo desarma. Por otro lado, Aoi no parece perturbarse en lo más mínimo con su presencia, se muestra fuerte y segura. Se expresa confiada, tiene la voz grave, un poco ronca; a Tarō le encanta como habla. Vuelve en sí y alza el espejo de Aoi y se revisa el cabello, o la falta de él. Ayer había tres zonas de calvicie, ahora se asoman cuatro.

Afuera el tifón se intensifica, agua empieza a juntarse en las calles. A Tarō le suena el estómago, fuerte, tiene hambre, se asoma por la ventana del *kōban* para ver si hay alguna carretilla *yatai*. Como es de esperar, las calles están desiertas, solo lluvia, agua turbia que se escurre por el pavimento, y la oscuridad propia del tifón. Le vuelve a sonar el vientre. No sabe el por qué de tanto apetito, no suele almorzar temprano y ya se tomó una sopa miso. Revisa las gavetas del archivero, cree acordarse de una cajita de galletas Hello Panda, en la tercera gaveta encuentra la caja, es roja, marca Meiji, el logo es un panda

sonriente, las galletas son de chocolate. Sabe que son de Aoi pero llevan un buen tiempo ahí, están añejas, tienen aquel olor medio mohoso de masa pasada. Le da lo mismo y se come cuatro, saben a nada, como si la esencia artificial de chocolate se hubiese evaporado; Tarō se imagina una nube achocolatada acumulada en el cielo de la gaveta. Su estómago deja de quejarse. Repone la cajita, haciendo lo posible por dejarla exactamente como la encontró. Ahora que comió y que se le pasó el delirio de gula, se estresa por el hurto. Si Aoi se da cuenta, ella sabrá que fue él, nadie más que ellos tienen acceso al archivero. Piensa en ir a comprarle unos Hello Panda nuevos, pero se acuerda de la tormenta y de que todo está cerrado. Cierra la gaveta y se queda mirándola con el ceño fruncido como si pudiera hacer retroceder el tiempo en su interior unos cinco minutos con solo pensarlo. No revisa, prefiere no saber, prefiere creer en las galletas de Schrödinger.

Vuelve a su cuaderno, intenta retomar la historia del *gaijin* moribundo en la Patagonia, pero el segundero del reloj de pared le invade la cabeza, *tac tac tac*. Su cerebro había omitido el sonido desde que llegó, pero ahora que busca enfocarse, siente que suena más fuerte que nunca. Pasan los minutos, el Citizen se lo hace saber, hasta que inserta el sonido del segundero en la cabaña patagónica. Incluye un reloj de pared, pero lo cambia, ahora es un reloj de roble, antiguo, y lo que suena no es el segundero sino el péndulo que oscila en el gabinete. Cuelga el reloj cerca del hombre y su lecho, sobre la repisa de la chimenea para que el *gaijin* pueda verlo si así lo desea. El hombre moribundo está sumido en sus pensamientos, no oye *tac tac tac* y así Tarō tampoco lo siente.

力士 [RIKISHI]

La tormenta de nieve se intensifica y me quedo observando cómo las liebres corren a sus madrigueras para refugiarse, miro más allá y me pierdo en el vendaval, quedo absorto en las ráfagas pálidas, veo, entre los brezos cristalinos, sombras que se escurren con agilidad por la estepa del valle blanco, avanzan hacia las aguas congeladas del fiordo, pienso que las manchas son lugareños acechando, pero no sé si son reales o figuras imaginadas que le asigno al caos del temporal, sea que pervivan en la realidad material o en la arena de mi mente, veo cómo las siluetas borrosas corren en pelotón cual manada de lobos, arremeten en sincronía y agachados como si quisieran disimular su presencia, a veces se ven sólidos, de carne y hueso, y otras veces son espejismos que entran y salen de la materialidad como si fuesen reales e inexistentes de manera simultánea, como el famoso gato ese cuyo estado de tangibilidad está perpetuamente impugnado, y así, en esa nebulosa, les sigo la pista hasta que ya no logro discernir sombra alguna en la tempestad, y ante el fracaso de mi vista, mi oído recobra sus facultades, el crujir de la chimenea me saca del estupor, escucho el *tac* seco del péndulo oscilante, el ruido de platos en el lavadero, murmullos de una conversación ininteligible, y luego recupero el olfato, humo, café, madera, miel, salvia y algo más que no identifico pero me agrada, alcanfor quizá, vuelvo

la atención al cuaderno que sostengo entre mis manos, y sin pensarlo paso los dedos por las hojas escritas como si leyera braille.

Reoriento mis pensamiento hacia Japón, intento sumirme en la noche de Osaka, un lugar que nunca he pisado, pero en el que he vagado a través de las páginas de incontables tomos, novelas, tratados de geografía e historia, libros de poesía, fotografía, manga, y en revistas, con un cariño especial por los números antiguos de National Geographic, cada página una ventana por la que espío la cultura y territorio nipón, me vuelvo un voyerista remoto, y desde ese lugar me dirijo al establo de sumo, al cadáver grandioso del *rikishi* en el centro del *dohyō*, los ruidos de la cabaña se apagan, solo oigo rasgueo suave del lápiz contra el papel y la brisa nocturna de Osaka, las palabras fluyen.

En la quietud del Establo Ryūjin, bajo el constante repiqueteo de la lluvia contra las tejas, los *rikishi* dormían. La noche vibraba al sonido de sus ronquidos, un bramido bajo y constante que se entrelazaba con el murmullo del agua, creando una música accidental, una sinfonía nacida de la rutina y la naturaleza. El espacio donde yacían, repartidos por el suelo como figuras sacadas de un diorama, era un refugio contra el tiempo, un lugar donde las horas se doblaban sobre sí mismas, un bucle de anacronismo. En el centro del establo, el *dohyō* se alzaba como una isla de arcilla y arena, el escenario de las embesitadas de titanes, ahora tranquilo, cubierto por una fina capa de neblina que se deslizaba suavemente sobre su superficie, casi reverente en su paso.

El aire estaba cargado de olores, una mezcla densa y compleja que delataba la vida dentro del *dohyō*; el salitre y el sudor se fundían con el eucalipto y el anís, creando un perfume embriagador y familiar, un hálito que revelaba el esfuerzo, el ritual, la tradición. En el eje del círculo, el cuerpo colosal del reverendo *sumotori*, Raider Tōzō, descansaba sobre la arcilla del *dohyō*. Yacía tumbado e inmóvil, tendido de espaldas, un gigante en reposo, su piel pálida iluminada tenuemente por la luz que se filtraba por las rendijas. Vestía únicamente un *mawashi*, el cinturón ceremonial ceñido a sus lomos, que era tanto vestimenta como insignia, su cabello recogido en el *chonmage*, el rodete feudal compartido por los *rikishi* y los *samurái*. Y en su mano cerrada, un puñado de sal gruesa, un gesto incompleto que evidenciaba la intención truncada de una ofrenda final al suelo sagrado. Raider Tōzō estaba vestido para un último combate, pero yacía frío, su piel adoptando un matiz purpúreo, una imagen pacífica y al mismo tiempo profundamente trágica, un guerrero caído no en el fragor de la batalla, sino en el silencio que sigue al final de todas las cosas.

Suelto el lápiz, no sé qué mierda me pasa, ni siquiera reviso lo escrito, me repugna la mediocridad dejada en el papel, arranco la hoja del cuaderno, la hago bola y la lanzo hacia el fuego, la fuerza me traiciona y apenas llega a mitad de camino entre la cama y la chimenea, no entiendo, ahora, al final de mi vida, después de todo lo narrado, dudo por primera vez del estilo de mi escritura, es una broma cruel, de quién o de qué no tengo la

más mínima idea, vuelvo la mirada al ventanal, a través de ella, penetrando el torbellino de nieve, buscando las sombras humanas en el páramo, pero no se materializan, quizá llegaron a las aguas congeladas del fiordo, quizá cruzaron el hielo, quizá el cristal cedió y se hundieron al fondo del estrecho, pero prefiero pensar que volverán, que su propósito no se ha cumplido aún, me interrumpe una mujer, la que conversaba con un hombre en el ambiente contiguo, me trae una taza de mate cocido, estiro el brazo y le muestro la palma, ella respira hondo, pena en sus ojos, cuelga la cabeza y gira en retirada llevándose la taza caliente, el vapor y el aroma distintivo de la yerba, en este momento todo me repugna, líquidos, comida, la interacción, la lástima de otros, suelto el cuaderno, siento que debo apartarme del establo y del *rikishi* muerto, me abrumba una somnolencia pesada, una modorra que se me ha hecho familiar, por lo menos desde que ese médico itinerante vino a la cabaña, a petición de mis acompañantes, y me revisó el organismo y diagnosticó el mal que me consume, y luego, sin rodeos ni con aquel falsete compasivo (inflexión que aborrezco), me citó las palabras de Isaías a Ezequías: *Pon tu casa en orden, porque vas a morir y no vivirás.*